

1

EL SOLDADO DE RODAS

El trirreme siciliano se nos echó encima con el ímpetu de un titán enorme y colérico. El espolón de bronce de su proa hendió nuestro casco, abriendo una grieta a estribor y quebrando los remos a su paso como si fueran ramas secas. Al impacto le siguieron los gritos desgarradores de varios remeros, quienes perecieron aplastados contra los bancos. La sangre escapaba a borbotones de sus cuerpos y se unía a las salpicaduras de agua que caían sobre la cubierta, la cual se había inclinado peligrosamente hacia babor.

Apoyado de espaldas sobre la borda, atrapado en la conmoción que sobrevino tras el choque, yo contemplaba hipnotizado cómo la nave siciliana comenzaba a ciar, desencajándose lentamente de nuestro trirreme para situarse en paralelo y comenzar el abordaje. Un sonido de madera astillándose acompañaba la maniobra, mientras el iris rojo, pintado en su estrave, nos miraba con furia al intentar escapar de las entrañas de nuestra embarcación. Cuando la nave enemiga logró separarse, la cubierta sufrió un zarrandeo. Luego se detuvo tras oscilar varias veces. Y durante un instante, los charcos de sangre y agua dejaron de mecerse sobre ella.

Acabábamos apenas de hundir otro trirreme enemigo, cuyos restos rascaban todavía nuestra quilla como si fueran uñas enormes, cuando el nuevo rival se nos había echado encima. Lo había hecho sin darnos tiempo para recuperar el resuello, dejando nuestra nave ingobernable, muerta, enteramente a su merced.

Entonces oí gritar. Fue un grito autoritario, que rebotó sobre la superficie de la cubierta. Luego un nuevo grito, esta vez acompañado del sonido de un gladio al ser desenvainado. Era yo el que gritaba.

Recobrada ya la compostura, me sorprendí dando órdenes en voz alta, buscando en la vorágine de bultos que me rodeaba, hombres capaces de hacer frente al inminente abordaje. Muchos, de entre la veintena que aún quedaban en pie, presentaban el aspecto de una pronta condena al tártaro. Pero en ese momento divisé, en el castillo de popa, un corro de seis soldados que parecían estar en plenas facultades. Permanecían inclinados hacia adelante, manteniendo una disposición en círculo tras sus escudos, lanzando ojeadas en derredor. Les grité y les hice señales con mi gladio, exhortándolos a formar en línea frente al pretil de estribor. En lugar de obedecer las órdenes, me devolvieron miradas de indiferencia. Al acercarme hacia ellos, mascando su desobediencia en mis mandíbulas, sentí un mareo, trastabillé y caí de rodillas. Acto seguido, y sin poder contenerme, apoyé ambas manos sobre las tablas de la cubierta y vomité con gran estruendo. Lo hice notando la presión del casco sobre las sienas, sintiendo a la vez el cuerpo atenuado por armadura. Como si estuviera enroscándose en torno a mí. Intenté controlar el pánico cerrando los ojos, apretando los dientes hasta que rechinaron. Mi mente entonces se vio asaltada por una serie de imágenes vertiginosas: caras extrañas inclinadas sobre mí, sombras sobre adoquines, volutas de humo ascendiendo sobre palmatorias, cuerpos tendidos que me miraban con ojos vacíos... Todas ellas conformaban una pesadilla vívida que, sin embargo, yo no sentía como propia.

Una palpitación en mi mano derecha me rescató de la terrible ensoñación. Abrí los ojos. Seguía siendo fuertemente el arma por la empuñadura; su hoja afilada reflejaba los rayos de un sol que por fin hacía acto de presencia. Mi cuerpo comenzó a calentarse, reconfortado por la luz que Helios nos enviaba. Levanté la cabeza entrecerrando los ojos, a fin de protegerme del deslumbramiento. Distinguí a contraluz la pareja de ciervos de Rodas. Sus siluetas enormes, encerradas en un círculo rojo igualmente enorme, ondeaban sobre la blancura de la vela mayor. El favor de los dioses estaba con nosotros, así que me incorporé y afirmé con seguridad los pies sobre la cubierta, decidido a luchar hasta el fin, hasta que la mano del barquero se extendiera ante mí reclamando su moneda. Como buen soldado de Rodas.

Eché una nueva ojeada alrededor. Los hombres, sobrepasados por los acontecimientos, seguían sin mantener ningún tipo de formación. Traté de animarlos, caminando con decisión por la nave mientras les lanzaba órdenes enfatizadas por movimientos de mi gladio. Reparé en que los soldados del castillo de popa seguían en corro, sin quitarme la vista de encima y sin cumplir mis órdenes. Al acercarme advertí que llevaban dibujada en sus escudos una espiral blanca. Este hecho me extrañó, pues no había distinguido tal señal en ningún escudo del resto de soldados. Mi extrañeza aumentó cuando uno de ellos rompió súbitamente el corro y se irguió bajo las tablas de las aflastas de la popa. Sostenía con ambas manos, pegado a su pecho, un objeto ovalado y plano: un espejo de acero. Su superficie comenzó a emitir destellos intermitentes a medida que el soldado lo inclinaba, con la vista fija en babor.

Por primera vez desde que comenzó la batalla, sonó en mi mente una voz de alarma que se agudizó al fijarme en uno de los soldados de aquel grupo: tenía la mitad de la cara cubierta por una costra brillante y rosada que reconocí como los restos de una antigua quemadura. El hombre, al sentirse observado, me devolvió la mirada, dedicándome una sonrisa burlesca que cuarteó la carne abrasada de su rostro. Extendió un brazo para señalar con su arma un punto detrás de mí. Me giré y vi cómo el puente de abordaje del trirreme siciliano, el temido *corvus*, comenzaba a caer sobre nuestra nave como una garra. Y esta vez sonaron en mi interior cientos de alarmas.

El garfio del *corvus* perforó nuestra cubierta con una facilidad asombrosa, al tiempo que su base destrozaba, en su caída, un tramo de la borda de estribor y varios toletes. La superficie vibró con violencia bajo mis pies. De nuevo ambas naves quedaron trabadas, esta vez en paralelo, separadas a menos de diez pies. En un instante, decenas de soldados sicilianos pasaban en fila sobre el *corvus* y subían a nuestra embarcación.

Mientras me disponía para el combate, advertí que no portaba escudo. Miré alrededor, contrariado, cuando a varios pasos a mi derecha distinguí uno manchado de sangre. Lo cogí, y, al girarme, me encontré con la cara desencajada de un siciliano, que se dirigía hacia mí empuñando un gladio oxidado. Reaccioné presto, y con

un movimiento corto del brazo traspasé su abdomen. Al caer de rodillas, aún blandía torpemente su arma en alto. Otro rival se me acercó anadeando, señalándome con un *pilum* y mostrando con sonrisa siniestra unos dientes amarillos y afilados. Su arma destellaba. Al retroceder hacia la proa, intentando esquivar los cadáveres tendidos sobre la cubierta, sentí un golpe a mi espalda. Era el palo mayor. Lo rodeé sin dejar de mirar a mi rival, intentando que quedara entre él y yo. El siciliano me enfiló con encono, tratando de alcanzarme en los flancos del palo. Hasta que desvié una de sus acometidas con mi escudo. El *pilum* resbaló sobre su superficie, clavándose profundamente en la cubierta. Entonces giré sobre mí mismo con el brazo extendido. El siciliano aún sonreía cuando el filo de mi gladio le cercenó limpiamente el cuello.

De pronto, un clamor fantasmal se impuso sobre el ruido que me envolvía, penetrando en mi mente como un coro de sirenas. Desligado en parte de la realidad por aquel sonido, traté de buscar su origen oteando a lo lejos, más allá del combate y de los trirremes, pues era evidente que no procedía de ellos. Tras una bruma que flotaba sobre las aguas, descubrí una masa deforme y colorida que ocupaba todo el horizonte.

Una serie de reverberaciones me liberaron de la alucinación, a la vez que los alaridos que llenaban la cubierta me ceñían de nuevo a la realidad. Los sicilianos comenzaban a romper nuestras defensas, haciendo que un par de nuestros soldados saltaran repentinamente por la borda. Apenas salpicaron la nave al caer al agua, pero la anegaron de desaliento. Sin embargo, al seguirlos con la mirada, topé milagrosamente con la esperanza. A babor, a menos de quinientos pies de distancia, los remos de un trirreme rodiota cortaban el mar, provocando heridas de espuma mientras avanzaba en nuestro auxilio. Al verlo, recordé unas palabras: «Cambian de clima, no de alma, quienes veloces atraviesan los mares». Los ánimos se me encendieron de nuevo. Nada estaba aún perdido.

Un nuevo siciliano me salió al paso, maldiciendo y arrojando espumarajos por una boca casi desdentada. Cayó bajo mi arma sin saber siquiera de dónde venía el golpe. Tras abatirle, conté con el tiempo justo para girarme y bloquear una cuchillada de un nuevo enemigo, quien continuó acometiéndome en corto, pro-

yectando su aliento sobre mi rostro, inundando casi mis pulmones. Su sangre brotó cálida cuando lo atravesé con el metal, hundido hasta la empuñadura. Luego apoyé el pie sobre el hombro del caído, con el fin de liberar la hoja, que escapó al son de huesos astillándose. Y en ese momento, la lucha me otorgó una pausa, instante que aproveché para sofocar el ardor de mis brazos y para evaluar de nuevo la situación.

La sangre recorría la cubierta como un manto, fluyendo espesa, tornándose brillante al escapar de las sombras que la oscurecían en su avance. El número de soldados rodidos no dejaba de menguar, mientras el combate se mantenía enconado en la popa. Allí, el grupo que mostraba la espiral blanca en sus escudos presentaba una formación en semicírculo, manteniendo al soldado del rostro derretido protegido tras sus compañeros. Luchaban con firmeza, empujando con los escudos, acuchillando a sus oponentes de forma metódica, con tajos cortos y certeros. Permanecían en todo momento hombro con hombro, sin conceder brecha en la defensa.

El contraste con el resto de la nave era estremecedor. Las escenas de lucha eran caóticas, los soldados se enfrentaban de forma torpe y primaria. Se lanzaban sobre el acero rival con el miedo ya convertido en locura.

Entonces reparé en un compañero acosado por dos sicilianos cerca de la proa. Me dirigí a socorrerlo cuando mi cáliga izquierda impactó con un *pilum*, rodando este unos cuantos pasos sobre la cubierta. Envainé mi gladio y agarré el *pilum* salvando la distancia de dos zancadas. Tras lanzarlo, voló cortando el aire hacia la espalda de uno de los sicilianos. Traspasó metal, piel y carne, y el cuerpo cayó hacia delante arqueado por el impacto. El otro siciliano, atento solo en matar, no reparó en lo que le acababa de suceder a su compañero. En un momento, bajó la vista tras emitir un grito ahogado, y se encontró con un palmo de metal asomando a la altura del pecho.

El soldado rodido, recién rescatado, me miró sorprendido cuando vio caer al siciliano. Logró balbucir unas palabras de agradecimiento mezcladas con una extraña pregunta, que no llegué a responder al no encontrarle sentido en aquel momento:

—¿Por qué tu yelmo es rojo?

El soldado era menudo, de constitución ligera, y tanto su yelmo como la armadura le iban grandes. Incluso su túnica blanca caía por debajo de sus rodillas. Me observaba con ojos nerviosos desde un rostro ovalado, cubierto por una barba rala, en cuyo centro aparecía una nariz redonda y respingona. Parecía estar milagrosamente ileso, teniendo en cuenta la torpeza con que agarraba sus armas. Le sonreí con camaradería y le conminé a aguantar, tras señalar hacia babor con la cabeza, pues el trirreme amigo se encontraba ya a menos de doscientos pies de distancia. El auxilio se acercaba.

Sus labios insinuaron una sonrisa que se extinguió de repente cuando su mirada saltó de mi rostro y quedó petrificada detrás de mí. Me giré y me encontré con una figura enorme y oscura que nos observaba desde el centro del trirreme, con la cabeza ladeada. Portaba armadura negra, casi mate, que devoraba la luz del sol. El penacho sobre su yelmo se asemejaba al plumaje de un cuervo funesto. Llevaba un gladio en cada mano, ambos irradiando muerte. Podría decirse que todo en él estaba revestido de la misma sustancia que la de un guerrero homérico.

Avanzó lentamente, ajeno a la lucha que se libraba a su alrededor, haciendo oscilar sus armas. Un desasosiego se apoderó de mí cuando lo encaré, mezclado con un nuevo mareo, que no podía permitirme en ese momento. Conseguí dominarlo tras tambalearme a la derecha, aunque un latido doloroso se instaló en mi cabeza, marcando cada uno de mis pasos. A mi espalda, el soldado menudo me obsequiaba unas palabras de aliento que apenas se oyeron.

Nos detuvimos a poca distancia, observándonos desde las sombras del yelmo. En ese momento me dedicó una sonrisa, tan negra como su armadura, que me arrancó súbitamente de la confusión reinante. Y comenzamos a batirnos.

Acometimos el uno contra el otro con furia, variando constantemente las posiciones de ataque. El tiempo se detuvo, solo existía la cadencia de fintas, bloqueos, cuchilladas, pasos cortos y rápidos alternados con otros largos y pesados.

Pero de nuevo, el sonido lejano de miles de voces cayó sobre

mis sentidos como un torrente, ahogando mis ínfulas guerreras. El horizonte estaba de nuevo colapsado por aquella presencia misteriosa. Contemplé a mi adversario, tratando de encontrar en él alguna señal de desconcierto. Sus ojos continuaban atentos al combate, aunque percibí una relajación en sus hombros, seguida de un descenso de sus armas. Entonces hizo algo absolutamente inesperado: retrocedió cinco pasos de forma casi teatral y rio con estruendo mientras levantaba el rostro y los gladios hacia el cielo.

A nuestro alrededor, la lucha se desarrollaba con beligerancia, ajena al clamor que se imponía sobre nosotros como un vaticinio aciago. De forma repentina, una luz centelleó a la izquierda del siciliano. Parecía salida de las mismas entrañas de la masa colorida y brumosa que se sostenía sobre el agua. Cuando dejó de brillar la luz, entreví un movimiento a mi izquierda: el grupo de rodietas de la popa se movía hacia el centro de la embarcación como reaccionando ante una señal que solo ellos parecían entender. El soldado del rostro quemado mantenía la vista clavada en mí, sin dejar de lanzar juramentos, señalando mi posición. Sin embargo, su avance se veía ralentizado por las acometidas de los soldados sicilianos, que se abalanzaban sobre ellos en oleadas y comenzaban a generar bajas.

Atenazado por el miedo, estaba convencido de hallarme rodeado de súcubos surgidos del averno. Mi cuerpo todavía no reaccionaba, y yo notaba el sudor bañando mis mejillas. Me asaltó el deseo de cerrar los ojos y esperar el fin. Pero, en lugar de eso, de nuevo unas palabras se abrieron camino en mi mente: «Nada confía el marinero, a la hora del miedo, en las pintadas popas. Mantente en guardia, si no quieres ser juguete del viento...». Empecé a repetir las una y otra vez, mezcladas con un jadeo áspero. Primero en voz baja y luego aumentando el tono hasta casi gritar. Las frases, sucediéndose en bucle, consiguieron frenar mi miedo, lo que puso fin a la risotada del siciliano de armadura negra, que ahora me miraba boquiabierto.

Mi cordura dejó de flaquear; de nuevo la realidad estuvo únicamente ocupada por la batalla y mi sorprendido adversario. Me acerqué a él de costado, con el escudo por delante y la punta del gladio asomando por encima, tratando de tomar la iniciativa. El

siciliano, ya en posición de combate, no me permitió atacar y cargó con ambas armas en una serie de movimientos descendentes, que detuve sin problema inclinando la defensa. A continuación, giró sobre sí mismo y me lanzó un tajo hacia la rodilla adelantada. Lo intuí a tiempo y bajé el escudo, cuyo borde inferior desvió su gladio. Durante un instante albergué la esperanza de arrancárselo de la mano, pero no fue así. Se incorporó rápido y me lanzó una serie de ataques a fondo, extendiendo sus brazos como resortes.

Necesité poco tiempo para comprender que era mejor soldado que yo. Mi muerte era inevitable. Lo único que me quedaba era caer con honor. Este pensamiento no dejó de acompañarme mientras mi rival fintaba lateralmente y lograba traspasar mi antebrazo con un fulminante ataque frontal. Mi arma cayó pesadamente, rebotando antes de detenerse por completo. Y a continuación sobrevino el dolor, que se extendió en instantes brevísimos por todo mi cuerpo, haciéndome soltar el escudo. Retrocedí apretándome la herida, de la que escapaban hilos de sangre. Alcé la cabeza ahogando un grito y divisé el cielo cruzado por la vela mayor, donde la pareja de ciervos continuaba ondeando inmutable. Por último, me derrumbé exhausto, apoyada la espalda sobre la borda de estribor, con la cabeza colgando hacia delante.

De forma inmediata, una sombra se proyectó sobre mí. Al menos, el fin de mi existencia lo rubricaría un extraordinario rival, y aguardé resignado el golpe que me arrebatara la vida. Pero este no se produjo...

Todo ocurrió con rapidez, como en un halo de irrealidad. Las imágenes se sucedieron forzadas, como a impulsos. El barco acababa de sufrir una sacudida, acompañada de un choque atronador. El impacto desestabilizó al siciliano, que cayó desmadejado sobre la cubierta. Una vez pasado el estruendo, me incorporé, ayudándome del brazo sano, y, confundido, observé alrededor. El espolón de la nave rodienta, cuya existencia había olvidado por completo, se había incrustado en nuestro propio trirreme en su alocado intento de ofrecernos ayuda. Su impacto había sacudido a los hombres como títeres. Muchos acabaron ensartados por sus propios compañeros, como ocurrió con el grupo de soldados de

la espiral, quienes se hirieron gravemente entre sí al caer de forma inesperada.

Y de nuevo las voces surgieron con gran frenesí. Me llevé las manos a los oídos. Estaba al borde de la locura. Traté de buscar, entre los grupos de hombres que luchaban y morían sobre la nave, algún gesto que escapara de su aceptación absoluta de la batalla. Pero no hallé ninguno. En su lugar, me topé con la sonrisa de la muerte, dentro de su armadura enlutada, escupiendo tras relamerse varias veces unos dientes teñidos con su propia sangre. El siciliano presentaba una brecha horizontal en la frente que parecía subrayar en rojo mi destino. Me sentí palidecer. Logré destapar-me los oídos, agacharme con torpeza y coger de nuevo mi gladio. Lo noté pesado al levantarlo con la mano izquierda. Era mi última defensa.

Mi oponente aceleró el paso, casi saltando. Me lanzó una estocada, que apenas desvié con un golpe seco que dejaba expuesto mi flanco derecho. Oí el suave e inequívoco sonido de la carne abriéndose al paso del metal. Miré sorprendido su cara, que expresaba una mezcla de dolor e incomprensión, expresión que mantuvo mientras lanzaba su último suspiro. Se derrumbó sobre la nave acompañado por un enmudecer paulatino de las voces que hasta ese momento no habían parado de resonar.

El soldado menudo surgió tras él, jadeando mientras trataba de extraer el arma de la espalda del siciliano, tirando de la empuñadura con ambas manos. Salió con tal ímpetu que le hizo caer de espaldas mientras el arma se elevaba en arco sobre su cabeza, dejando tras de sí una estela roja. Se levantó inmediatamente. Sus ojos saltaban del caído a mí. Comenzó a emitir una serie de gritos que se tornaron en una risa nerviosa. Luego me miró de forma lastimera, con el labio inferior temblando, descontrolado, como un ente autónomo.

Yo, que me sentía cada vez más débil por la pérdida de sangre, apenas podía sostenerme en pie. Pensé que iba a desmayarme al notar que la nave se inclinaba bruscamente bajo mis pies. Sin embargo, la misma pérdida de equilibrio de mi salvador me indicó lo que realmente sucedía: el trirreme se hundía.

Una grieta hizo saltar las tablas de la cubierta, de babor a es-

tribor, uniendo los boquetes del casco que nos habían procurado tanto amigos como enemigos. La nave no pudo soportar la nueva brecha en su tablazón de proa, donde las espigas y muescas eran ya incapaces de mantener unida la estructura. Un sonido ahogado me hizo comprender que la quilla también se estaba partiendo. Desde la cubierta inferior ascendían gritos de los remeros al entender que estaban a punto de ahogarse.

Los extremos de la nave empezaron a descender, plegándose con respecto al eje de la grieta. Envainé el arma y agarré a mi compañero. Comenzamos a avanzar con dificultad hacia el centro, siendo los únicos que permanecíamos con vida en ese lado del trirreme. Los cuerpos resbalaban en dirección opuesta y se iban amontonando en la proa. Al llegar cerca de la grieta, pude distinguir uno de los baos coronando el perfil de una cuaderna totalmente expuesta. Un poco más abajo, conté no menos de diez cadáveres de remeros. Pero lo más preocupante de todo era que la cuerda que mantenía unida la nave estaba a punto de partirse debido a la inmensa tracción a la que se le sometía desde sus extremos engarzados al casco.

—¡Tenemos que saltar! —Mi compañero trató de hacerse oír sobre el estruendo acercándose tanto a mi rostro que sus labios tibios me rozaron la mejilla.

—¡No, aún no! ¡Tenemos que ayudar a los heridos! —le respondí señalando a un par de soldados rodidos que se estremecían de dolor en la popa junto al soldado de la cara quemada, quien presentaba un corte en uno de sus muslos y trataba de taponarlo al envolverlo con un trozo de lino.

—¡Que se las arreglen solos! ¡Yo me voy de aquí! Ya he cumplido lo suficiente —dijo con voz cansada mientras señalaba los cadáveres con un movimiento circular de su brazo—. ¡Me he ganado el derecho a no ser uno de ellos!

A continuación, se dirigió rápidamente hacia la borda con la clara intención de saltar. Conseguí agarrarle del brazo justo cuando plantaba uno de los pies sobre el pretil, y tiré con fuerza hacia atrás. El menudo soldado pareció volar como Ícaro antes de caer de espaldas sobre la nave.

—¡Pero qué demonios...! —comenzó a decir.

Mi gladio, de nuevo desenvainado y apuntándole al pecho, cortó de raíz su cólera.

—¡Vas a ayudarme si no quieres que te mate aquí mismo por cobarde y traidor! —exclamé.

Pero justo en ese momento, la nave se partió definitivamente en dos mitades casi simétricas. La entrada de agua provocó que ambas partes aceleraran su hundimiento por los extremos al romperse su unión. Perdí el equilibrio debido al balanceo descontrolado y resbalé golpeándome las rodillas con dureza. Debido a las ansias por incorporarme, me olvidé de la herida en mi brazo derecho y apoyé todo mi peso sobre él. Un relámpago de dolor recorrió todo mi cuerpo y volví a caer, esta vez sobre el hombro. Aturdido, sentí que me empapaba en sangre pegajosa, y no pude reprimir las arcadas, que vidriaron mis ojos y me contrajeron el estómago. Ya había perdido la cuenta de las veces que me había caído y vuelto a levantar, pero intuí que solo me quedaban fuerzas para hacerlo una última vez. Alcé la cabeza, encogí las rodillas y me apoyé en el brazo sano.

Comencé a avanzar a gatas hacia la parte alta de la mitad del trirreme. Una vez allí, miré hacia el otro pedazo de la nave, donde el soldado de la cara quemada, ya el último que quedaba con vida, trataba de acercarse desde la popa arrastrándose sobre la madera. Tras llegar al extremo más elevado, se fijó en mí y su rostro se tornó una máscara de odio. Miró desesperado hacia la superficie del agua y después de nuevo hacia mí, evaluando la distancia que nos separaba. Comprendí que estaba preparándose para saltar a mi lado, y todo indicaba que con oscuras intenciones. Llegados a este punto de la contienda, ya no me sorprendía el hecho de que un soldado de mi propio ejército quisiera matarme.

El tiempo pareció avanzar a impulsos mientras se ponía en pie, flexionaba las piernas, apretaba los dientes y finalmente saltaba. Su espalda se arqueó por el impulso, mientras que sus brazos se extendieron directamente hacia mí. Pero sus dedos solo asieron el aire, y cayó con un fuerte chapoteo sobre las aguas teñidas de rojo.

Las voces sonaron de nuevo, esta vez más nítidas, más cerca-

nas. Colapsaron definitivamente mi cordura, y decidí dejarme llevar, soltarme y ser engullido por la proa, ya sumergida más de diez pies. Aflojé la mano y me preparé para el fin cerrando los ojos.

Cuando comenzaba a deslizarme sobre la cubierta, una garra se cerró sobre mi muñeca. Y me quedé colgando, temeroso de abrir los ojos y encontrarme una cara diabólica con las fauces abiertas listas para devorarme.

—¡Eh, tú! ¡No voy a poder salvarte si no pones algo de tu parte!

La voz de la bestia me resultaba familiar. Alcé la vista y me topé con la cara enrojecida por el esfuerzo del soldado menudo. Apenas era capaz de sostenerme mientras permanecía agarrado a la parte superior del trozo de trirreme. Su imagen ahuyentó mis temores, y entendí que la tercera hilandera no quería cortar aún el hilo de mi vida. Así que tanteé con los pies hasta que di con una abertura en la madera y me apoyé en ella. El soldado relajó su esfuerzo hasta soltar del todo mi muñeca.

—¡Te habrías ahogado si te hubieras tirado hacia allí! —explicó jadeante—. ¡Te habrías golpeado con algún resto o enganchado con algún cadáver, y el barco te hubiera arrastrado hacia el fondo! —Señaló hacia el costado izquierdo con la cabeza—. ¡Es mejor saltar por uno de los lados para que no nos trague! —El temor aparecía esculpido en su rostro mientras miraba hacia la superficie del lago, situada unos diez pies bajo nosotros.

—¡Es igual! —exclamé, con la cabeza a punto de estallarme—. ¡Los sicilianos nos matarán en el agua igualmente, o, si no, la corriente nos arrastrará mar adentro!

Y entonces, sus palabras me golpearon con una contundencia casi física:

—¡Pero qué sicilianos, pero qué mar! ¡Todo esto es un montaje, una representación! —dijo mientras trazaba círculos enérgicos con uno de los brazos—. ¡No hay ningún condenado siciliano! Ni tú ni yo somos soldados de Rodas. ¡Por la sagrada Laverna, ni siquiera sé dónde está Rodas! —Acto seguido, me agarró por un hombro y me sacudió enérgicamente—. ¡Despierta de tu sueño, porque somos gladiadores de Roma! El agua que nos rodea no es

el mar... ¡Estamos en un maldito lago, rodeados por miles de espectadores! —Y tras soltar una risilla nerviosa y aguda, concluyó—: ¡Estamos dentro de una maldita naumaquia organizada por el César, organizada por Claudio!

DÍA I

2

EL SPECULATOR

LAGO FUCINO, *HORA OCTAVA*

Una bruma ligera y sedosa se extendía sobre las orillas del lago. El cielo estaba cubierto, aunque en algunos puntos aparecía traspasado por rayos de luz que hacían clarear el agua inquieta, arrancándole destellos aquí y allá. Al fondo, las moles grises de las montañas se alzaban sobre un manto ondulante de colinas plagadas de olivos y árboles frutales. Las franjas regulares de los cultivos cortaban la monotonía del verde con sus tonos ocres, mientras villas y pequeñas granjas lo punteaban de blanco. Tito Rutilio Lupo, recientemente nombrado *speculator* de la guardia pretoriana, pensó que, en otras circunstancias, la imagen bien podría haber sido hermosa. Sin embargo, en aquel momento no era más que el envoltorio vistoso del espectáculo de muerte que se estaba celebrando en el lago.

Y prácticamente la mitad de Roma se encontraba allí. Lupo se maravillaba ante la capacidad de convocatoria de la naumaquia, teniendo en cuenta que el lago Fucino estaba a varias horas de viaje desde la ciudad. Personalmente aborrecía los espectáculos de gladiadores, al igual que le sucedía a su padre. «Pero los soldados también matan, y a veces mueren gloriosos. Y tú estuviste en el ejército», recordó haberle dicho a su progenitor siendo niño, cuando le oyó criticarlos por vez primera. «Hijo, hay una gran diferencia entre ser sacrificado para divertir a una ciudad y morir voluntariamente en aras de su grandeza».

Su padre, un orgulloso caballero del *ordo equester*, siempre había sido propenso a los discursos solemnes. Y creyó en ellos hasta el mismo día de su muerte, mientras era devorado en su cama por la fiebre. Lupo también había creído en ellos, lo que le llevó en primer lugar a dejar de encarnar al gladiador Flama cuando jugaba de niño con gladios de madera. Lo cambió por Alejandro, Julio

César o Escipión, y esto le llevó después a alistarse como soldado al cumplir los diecisiete años.

La gente a su alrededor no parecía compartir su opinión sobre los combates de gladiadores. Ni mucho menos. Todos parecían estar invadidos de delirio. Jaleaban, abucheaban y maldecían como si les fuera su propia vida en ello.

Los ojos oscuros y almendrados de Lupo repasaron el panorama en todas direcciones. Era difícil calcular el número de asistentes. Las laderas de las colinas que rodeaban el lago en primer término estaban llenas de romanos, conformando un auténtico tapiz viviente. Familias enteras habían venido con su comida y su bebida a ver «el espectáculo más grande de la historia», tal como se describía en los edictos pintados por toda la ciudad. Los lugareños, para alivio de sus bueyes, habían abandonado sus villas y olvidado sus arados por un día. Vendedores de vino caliente portaban sobre sus cabezas ánforas repletas de vino y trataban de hacerse oír sobre el griterío de los organizadores de apuestas, los cuales renovaban esfuerzos a fin de lucrarse.

Lupo había tenido ocasión de ver desde lo alto de una colina, allá en la lejana Britania, el espacio que ocupaba una legión en formación. Lo que se desplegaba ante sus ojos tendría más de cien veces aquel tamaño.

Aunque pudiera parecer que la seguridad del evento quedaba comprometida por la afluencia masiva de espectadores, nada estaba más lejos de la realidad. Todo había sido planificado semanas antes, incluyendo un pormenorizado estudio de la geografía: vías, caminos, rutas, villas cercanas... Ya desde el alba, cuando comenzaron a llegar los primeros espectadores, los pretorianos iban indicando dónde debían colocarse, tratando de distribuirlos igualitariamente en las colinas.

Sexto Afranio Burro, prefecto de la guardia pretoriana, se había reunido varias veces con el emperador con el objeto de prepararlo todo. A esas reuniones también asistía el liberto imperial Ampelios, en calidad de *procurator a muneribus* y, por tanto, encargado de organizar la cuestión económica siguiendo los designios del propio César. Entre ambos, consiguieron acotar «las desmedidas pretensiones iniciales del *princeps*», según palabras del propio Burro,

las cuales habrían hecho del evento algo económicamente inviable. Y, lo que era peor, que se tornara peligroso por el exceso de gladiadores perfectamente pertrechados para el combate.

Lupo, abrumado por lo que tenía ante sí, era incapaz de imaginar cómo habrían sido entonces esas «desmedidas pretensiones iniciales». Su fantasía estaba más que colmada por la visión de las cien naves y los casi veinte mil hombres, entre gladiadores y remeros, que componían la naumaquia. Todo ello con el fin de celebrar la inminente desecación del lago que lo convertiría en una inmensa llanura cultivable. La de la obra civil más ambiciosa del emperador Claudio.

El espectáculo había comenzado hacía ya tres horas. Un tritón de plata había emergido del centro del lago de forma exageradamente teatral, e hizo sonar una concha de oro con la señal que daba comienzo a la contienda. Ese momento, más la inicial embestida de las flotas, sorprendentemente épica a ojos de Lupo, eran los únicos instantes en los que había sentido cierta curiosidad. Posteriormente, su interés se diluyó, y se dedicó a vigilar a los espectadores y al estrado imperial.

El emperador Claudio parecía disfrutar del espectáculo. Aunque trataba de contenerse, gesticulaba excitado y no paraba de revolverse en su asiento acolchado. Lupo había tenido el honor de hablar con él en varias ocasiones, incluso antes de su ascenso a *speculator*. Siempre fueron conversaciones banales, de escasa trascendencia, pero a pesar de ello y para asombro de Lupo, el César recordaba su nombre y siempre lo saludaba al encontrarlo durante el turno de guardia en la residencia imperial del Palatino. Ese era el auténtico Claudio, pensó Lupo, un anciano amable y sencillo. Y no el que se mostraba en ese momento ante todos, engullido por una armadura dorada, con un forzado gesto altivo en su semblante. Pero, al fin y al cabo, no era tan buen actor. Y cuando se relajaba, Lupo podía entrever otros gestos más serenos y cercanos.

Por su parte, el hijo adoptivo del César, el joven Nerón, también gozaba del espectáculo. Incluso se permitió en algún momento dar un pequeño brinco de excitación, inmediatamente reprendido por la mirada de su madre, la emperatriz Agripina.

En ella no había lugar para lo mundano. Permanecía impasible, girando su delicado cuello con suavidad, sin hacer que descendiera un ápice su mentón juliano ni relajar los labios apretados, como si fuera el perfil viviente de una cara acuñada en un sestercio. «Si esto es lo que desea —pensó Lupo—, no tardará mucho en llegar el día en que vea su cara en las monedas de mi paga. Estoy seguro».

Y como si le hubiera leído la mente, Agripina giró repentinamente la cabeza en dirección al *speculator*. Sus pendientes de pasta vítrea oscilaron al detener su movimiento y posar la mirada en él. Lupo incluso creyó escuchar el roce del brocado sobre sus hombros.

Sorprendido, desvió la vista hacia la naumaquia, aunque aún sintió durante un buen rato sus ojos clavados en él. Se oían muchas cosas sobre la emperatriz en los barracones pretorianos, y casi ninguna buena. Él siempre se mantenía escéptico y discreto, aunque debía admitir que había algo en su forma de mirar que podía erizarle el vello. Trató de ocultar su turbación bostezando y haciéndose el distraído. «Bueno —pensó tras bajar la cabeza y encontrarse con sus nuevas cáligas de *speculator*—, supongo que a partir de ahora me la encontraré a menudo».

El rostro juvenil de Lupo, a pesar de haber entrado ya en la treintena, denotaba cansancio. Desde que había sido ascendido de forma repentina tres días atrás, prácticamente no había dormido. Ser *speculator* de la guardia pretoriana estaba resultando una tarea agotadora, acrecentada por la celebración de la naumaquia y el minucioso plan de protección del emperador, elaborado por el prefecto Burro y por el inmediato superior de Lupo, Lucio Tremelio Scrofa, el centurión de los *speculatores*, quienes, dentro de los pretorianos, constituían la guardia más personal del César. Lupo únicamente conocía su propio cometido, vigilar el estrado imperial, pero sabía que se habrían movilizado unas ocho cohortes pretorianas para ser diseminadas por todo el perímetro del lago.

Una batahola del público le obligó a desviar su atención a la naumaquia, donde varios trirremes se embestían con furia. «Un par de horas más, y de vuelta a Roma», pensó. Lupo no era muy

ducho en batallas navales, pero tras un rápido vistazo calculó que la flota de Rodas, la falsa flota de Rodas más bien, estaba perdiendo la batalla. La mitad de sus naves se había hundido, y las que aún flotaban habían sido arrinconadas en el borde del lago más cercano a su posición.

El nivel de detalle de la naumaquia era sorprendente. Los triremes presentaban sus tres bancos de remos reglamentarios a distintas alturas. El palo mayor con su enorme vela cuadrada se alzaba majestuoso en el centro de la cubierta. Pintados en las velas aparecían los símbolos de cada uno de los bandos: la pareja de ciervos de Rodas y la trinacria de Sicilia, que ayudaban a los espectadores a distinguir ambas flotas desde la orilla. Y, por supuesto, todas las naves contaban con su espolón de bronce en la proa y con un *corvus* para el abordaje. Al ser la superficie del lago demasiado grande, la representación estaba acotada por una línea de balsas flotantes cargadas de pretorianos, arqueros de las tropas auxiliares y catapultas dispuestas para frustrar cualquier conato de huida.

De vez en cuando, los gritos lastimeros de los gladiadores traspasaban el griterío de los espectadores, y eran recibidos con burlas y risas. Llegados a este punto del espectáculo, todo atisbo de compasión y clemencia había sido barrido por la excitación provocada con la sangre vertida. «Sangre malgastada, madera y armas malgastadas, tiempo malgastado», concluyó para sí Lupo, quien desvió, asqueado, la vista del lago y la fijó en el cielo.

Los claros eran cada vez mayores y el sol comenzaba a calentar con fuerza a través de ellos. Su mente voló al pasado de forma inesperada, a otro cielo muy distinto. Un cielo gris, permanentemente cubierto, con una incansable lluvia, a veces fina y otras veces gruesa, que traspasaba en un suspiro capa y armadura filtrándose hasta los huesos: el cielo de Britania. La tierra de las nieblas vaporosas, que la envolvían como un manto húmedo; la tierra de los ríos de agua casi helada, la tierra de las ciénagas que devoraban los ánimos de los legionarios...

Hacía ya casi diez años, pero recordaba perfectamente el día en que pisó por primera vez Britania, recién nombrado prefecto al mando del ala Prima Thracum, adjunta a la Legión IX Hispana.

Henchido de orgullo por ser el oficial más joven que se recordaba en alcanzar dicho puesto —entonces solo tenía veintidós años—, Britania le pareció una tierra hermosa y próspera. Era la tierra que lo debía catapultar a la gloria...

Inevitablemente, sus pensamientos le condujeron a su amigo el senador Cneo Hosidio Geta, con el que había librado tantas batallas en la nueva provincia, y que era ahora uno de los hombres más reconocidos de Roma. «Tengo que visitarlo algún día», se recordó el *speculator* aún con la vista fijada en el cielo.

—¡Lupo, mirada al frente!

La voz a su espalda le sobresaltó. Se volvió y se encontró con el rostro redondo y sonriente de Hosto Caelio. Sus ojos verdes brillaban divertidos.

—¡Caelio, por Júpiter! Me has dado un buen susto.

Caelio estalló en carcajadas mientras se llevaba las manos a su oronda barriga, capaz de curvar las placas de metal de su coraza. Lupo se contagió y no pudo evitar unirse a su risa.

—¿Qué haces aquí? —preguntó Lupo—. Pensé que hoy te quedabas en el campamento.

—Cambio de planes. Me han enviado aquí específicamente a patear tu nuevo culo de *speculator*. ¡Pero déjame verte, chico! —Caelio silbó mientras se apartaba y agitaba teatralmente una mano—. Estás impresionante. —Agarró la nueva capa blanca de Lupo, acariciando los motivos bordados en hilo de oro. Acto seguido la soltó bruscamente y su rostro se puso serio—. ¿A qué se debe que todavía no hayas celebrado tu ascenso como es debido con el viejo Caelio?

—Sabes que no he tenido tiempo. Estos últimos días han sido una locura, casi ni he pisado el campamento...

—Excusas baratas, Lupo. Excusas baratas. —Caelio cruzó sus poderosos antebrazos sobre su amplio torso—. ¿No irás a olvidarte de tus viejos amigos ahora que has ascendido, verdad? ¿O tendré que ponerme detrás de ti con una corona de laurel y gritarte al oído «*memento mori*»?

Lupo sabía que se trataba de una regañina falsa y teatral, aunque no pudo evitar sentir una cierta culpabilidad: Caelio era prácticamente su único amigo en la guardia.

El recién nombrado *speculator* extendió un brazo y dejó caer la mano sobre el hombro de Caelio.

—Eso nunca —dijo en tono serio.

El rostro de Caelio recuperó la sonrisa, y este dio a su amigo una sonora palmada en la espalda.

—¡Ya me parecía a mí! Bueno, chico, prepárate, conozco un nuevo lupanar cerca de la puerta Esquilina, buen vino y mejores mujeres. Y bastante limpio, las cáligas casi no se te pegan al andar. Han traído hace poco a una hetaira nubia con unos senos como...

—¡Caelio! —Lupo le cortó tras descubrir a varios senadores que, atraídos por el vozarrón de su amigo, los estaban mirando desde la tribuna.

—No te preocupes por el precio, yo invito. Y a ellos también —continuó diciendo con impertinencia controlada mientras señalaba a los senadores sin mirarlos siquiera—. ¿O crees que es demasiado soez invitarlos? —concluyó irónico.

«El viejo Caelio... —pensó Lupo—. Si no tuvieras esos arranques de insolencia, habrías llegado muy lejos en la guardia pretoriana». Pero su amigo era feliz como *miles gregarius*, alejado de las intrigas y envidias de los puestos superiores. Además, era un hombre sin la ambición necesaria para ascender en el escalafón de la guardia. «¿Y yo? —se preguntó Lupo mientras le sonreía con cierta melancolía—. ¿Hago bien aceptando este nuevo puesto o acabaré devorado por mis propios compañeros?»

—Me alegro por ti, hermano. Te lo mereces —comenzó a decir Caelio como leyéndole el pensamiento—. Posees más talento que cualquier pretoriano que haya conocido en diez años. Pero también tienes —y esto lo dijo en voz muy baja, mirándolo serio y golpeándolo con suavidad en el pecho con su enorme puño— honor. Cuídate de los de arriba, porque la mayoría de ellos no saben lo que es eso.

Caelio se giró para recoger su escudo y su *pilum*, que había dejado apoyados en uno de los lados del estrado imperial. Y se enderezó, mostrándose ya de nuevo sonriente.

—Bueno, tendré que volver a mi puesto. Me han asignado el límite nordeste. Todo está bastante tranquilo por ahí.

—Lo mismo por aquí. Cuídate, Caelio, nos vemos luego en el campamento.

—Más te vale, Lupo, más te vale —le contestó señalándole con su *pilum*.

Tras despedirse de su amigo, Lupo se concentró de nuevo en su cometido y repasó una vez más el estrado. Las franjas moradas de los senadores y de los caballeros se agitaban en sus túnicas al son de los movimientos cada vez más enérgicos y entusiastas de sus dueños. Muchos habían apostado fuertes sumas de dinero y estaban empezando a perder las buenas formas patricias.

El sol ya apretaba con total intensidad, y el *speculator* notaba su pesada y flamante vestimenta pegada a su piel. Entonces, como ninfas salidas de algún sueño, comenzaron a transitar esclavas entre las filas del estrado, portando ánforas con agua fresca apoyadas sobre sus caderas. Patricios y senadores se abalanzaron inmediatamente sobre ellas, no solo en busca del líquido vital. Incluso el propio Claudio desvió varias veces la mirada al paso de una esclava de pelo cobrizo y andares felinos, cubierta con una estola verde de seda transparente. Lupo pensó que no había nada como la carne insinuada y el calor para igualar a los hombres, fueran quienes fuesen sus divinos antepasados. Los mismos instintos afloraban, ya en una taberna de la Subura o en el triclinio de la casa más distinguida del Palatino. «Si llega a verlas Caelio...», se dijo sin poder evitar una sonrisa.

Y fue en ese momento cuando Lupo reparó por vez primera en alguien del estrado. Se trataba de un senador veterano, de cara fina y alargada, coronada de un pelo blanco que clareaba en muchas zonas. Sus ojos, grises y juntos, no se apartaban ni un instante de la naumaquia, ni siquiera cuando la cadera voluptuosa de una de las esclavas golpeó su brazo. A Lupo le sorprendió ver, en el rostro de un hombre de su posición, una barba canosa y descuidada de varios días. Además estaba nervioso, muy nervioso. No de excitación por el espectáculo, se trataba de otra cosa. Sentado en la tercera fila del estrado imperial, no cesaba de frotarse una mano sobre la túnica, a la altura de los muslos, mientras con la otra jugueteaba con lo que parecía ser un anillo. El sudor resbalaba por sus mejillas y se escurría por su cuello sin que él mudara de actitud.

Lupo se encontraba a unos treinta pasos de él, y decidió acercarse para observarlo mejor. De forma súbita, prácticamente la totalidad de los espectadores se levantaron de sus asientos en una oleada ensordecedora de gritos. El *speculator* apartó la vista hacia la naumaquia sorprendido por la reacción del público. Allí vislumbró un trirreme siciliano que acababa de embestir a otro rodota con gran estruendo de madera astillada y chillidos agonizantes. Sin embargo, la diosa Fortuna les sonreía ese día, puesto que la nave de Rodas se mantuvo milagrosamente a flote tras el impacto.

Lupo tuvo dificultad para volver a localizar al senador tras la maraña de cuerpos y extremidades agitados. Finalmente, lo encontró, también de pie, con el cuello estirado y los brazos rígidos, apretados contra su cuerpo, a punto de quebrarse por la tensión. «A ese hombre le pasa algo», pensó Lupo mientras trataba de aproximarse.

—¡Cuidado, mira dónde pisas, pretoriano! —le espetó un enojado patricio mientras era empujado involuntariamente en su avance frente a él.

La disculpa murió en los labios de Lupo al entrever un destello intermitente proveniente de la naumaquia. Se giró y contempló asombrado que una ráfaga centelleante salía del pecho de uno de los gladiadores de la nave rodota, directamente hacia el estrado imperial. «¡Por todos los dioses! ¿Qué está haciendo?», se preguntó Lupo mientras entornaba los ojos, olvidándose por un instante del senador.

Debido a la distancia, era complicado distinguir con claridad la escena. Finalmente creyó identificar el objeto que emitía los destellos: se trataba de un espejo. Lupo estiró el cuello cuando los brazos de varios senadores se agitaron en el aire. Trató de avanzar lateralmente para superar aquella barrera humana, siempre con la precaución de que sus armas no golpearan a los ilustres espectadores. Cuando por fin recuperó una visión directa, se fijó en que el gladiador ya no sostenía el espejo. En lugar de ello, se defendía junto a otros compañeros en la popa de su trirreme, que sufría el abordaje de la nave siciliana causante del impacto anterior. En el resto de la embarcación, contendientes de ambos ban-

dos se enzarzaban en una guerra sin cuartel. Entre ellos, destacaba un gladiador del bando rodota, portador de un yelmo rojo muy vistoso. Se batía prácticamente sin auxilio, de forma valiente y heroica.

Nada parecía anormal dentro de la representación. Sin embargo, Lupo era incapaz de sacudirse la imagen del gladiador sosteniendo el espejo, mirando concentrado hacia el estrado, como haciendo señas... «¡Por Marte, eso es! ¡Estaba haciendo señas!». El *speculator*, asaltado por un súbito presentimiento, se giró hacia el senador. Lo encontró de espaldas, alejándose hacia el emperador, con un objeto brillante colgando de su mano izquierda. Se trataba de una daga.

Lupo tardó un tiempo en reaccionar. Su mente era incapaz de asimilar lo que nítidamente mostraban sus ojos. Poco a poco asumió la situación.

—¡Alto! ¡Deténgase, en nombre de la guardia pretoriana! —gritó tan alto como pudo.

La orden, capaz de expulsar la sangre del rostro de cualquier ciudadano de Roma, se diluyó entre el griterío circundante. Repitió varias veces la orden, aunque solo consiguió que los espectadores más cercanos se volvieran, más por curiosidad que por otra cosa. Unos cuantos comenzaron a protestar ante sus empujones, pues el *speculator* ya no se andaba con miramientos en su desesperado avance. Calculaba que se encontraba a unos veinte pasos del senador, distancia excesiva para darle alcance antes de que llegara al emperador. Lupo notaba el sudor cayendo por su espalda tras los esfuerzos por apartar al público, que permanecía en pie con gran excitación. Pensó que sería más fácil avanzar contra un torrente enviado por Neptuno. Apretó las mandíbulas y, con un poderoso golpe de hombro, derribó a tres senadores, que cayeron de malas formas hacia la fila inferior. «Espero que no se hayan roto ningún hueso». Lupo aprovechó un hueco creado ante sí para hacerse ver, y advertir a los dos *speculatores* que sabía que permanecían tras el César, flanqueando el respaldo de la *sella* imperial. Pero no estaban...

El *speculator* oteó desesperado, tratando de localizarlos sobre las decenas de cabezas que se interponían entre él y el emperador

Claudio, deteniendo de vez en cuando su mirada sobre el senador, que parecía avanzar más deprisa que él, como azuzado por una legión de lémures magnificadas. Finalmente topó con ellos, alejados más de diez pasos del emperador y dándole la espalda. «Pero ¿qué están haciendo? ¿Por qué no están en su puesto?», se preguntó Lupo, quien comenzó a gritar, dejándose la garganta en el empuje. «Esto no es normal. Han abandonado deliberadamente al César». El *speculator* comprendió que se había convertido, por muy absurdo que resultara, en el único pretoriano, entre casi cinco mil, capaz de detener al senador. La seguridad de Claudio, que era la seguridad de Roma, dependía solo de él.

Evaluó rápidamente sus opciones, desechadas casi a la par que las iba considerando. El nerviosismo y la incertidumbre mermaaban su concentración, también atacada por el rugido y los empujones recibidos a su alrededor. Algunos espectadores no cesaban de increparle por su drástico empujón, pero sus palabras eran solo un ruido sin significado. «Está ya a más de veinte pasos, y no puedo seguir derribando a senadores y patricios o se me lanzarán todos encima». A su derecha, dos filas más arriba, gran parte del público permanecía sentado. Ahí estaba su oportunidad: de dos poderosas zancadas saltó una bancada y después la otra. No perdió ni un instante, recortando rápidamente distancia respecto al senador. Ahora podía ver con total detalle el arma oscilando en su mano.

—¡Alto! ¡Que alguien detenga a ese hombre!

Lupo desenvainó su gladio señalando con él hacia el senador. Esta vez sus palabras parecieron surtir más efecto. Varios espectadores dejaron de vitorear para prestarle atención. Incluso creyó vislumbrar unas cuantas miradas de pánico. Animado por el éxito, continuó gritando y avanzando con mayor facilidad entre rostros llenos de desconcierto. De forma inesperada, el senador se giró, y cruzaron por primera vez las miradas.

—¡Deténgase, en nombre de la guardia pretoriana! —exclamó Lupo. Entonces el aludido, tras una breve sorpresa, se volvió con decisión y comenzó a empujar con encono. Lupo vio que únicamente le quedaba por sobrepasar a cuatro espectadores. Después, tras un pasillo de cinco pies de anchura que bordeaba un podio

ligeramente elevado, estaban Claudio, la emperatriz y el resto de la familia imperial, totalmente expuestos, ya que los dos *speculatores* más cercanos continuaban ignorando deliberadamente su cometido.

Lupo relajó la mano que portaba su arma, e inspiró profundamente al tiempo que entendió lo que debía hacer. Y por Marte que iba a hacerlo, aunque fuese una locura y solo tuviera una oportunidad. Contuvo el aire mientras levantaba el pomo del gladio a la altura del rostro, giraba el torso y lanzaba su arma justo cuando el senador se libraba del último espectador y ponía un pie en el pasillo.

El gladio cortó el aire en un giro prolongado e hipnótico que duró una eternidad a ojos del *speculator*. Finalmente, quedó clavado hasta la mitad de su hoja en la espalda del senador. Este cayó hacia delante, con la mano que portaba la daga extendida hacia el emperador.

Y solo entonces se desató el caos.